

Desearía que estuvieras aquí.

El niño recorrió el corredor embaldosado arrastrando su triciclo hasta llegar a la última de las habitaciones, pues la rueda delantera estaba trabada. Entró tirando de él en la estancia que su abuelo Arturo usaba como taller. El niño dijo:

-Tata, tata, ¿puedes arreglar mi triciclo? La rueda está mala.

-Hola, Gustavo. Veamos, esta rueda hay que cambiarla, está muy deteriorada.

Los ojos de Gustavo se humedecieron.

-¿No lo puedes arreglar, tata? ¿Está muy malo?

-Toma estos cubos de madera. Puedes jugar con ellos. Veré qué hacer con esto.

Gustavo jugó por más de dos horas con los cubos, armando casas y edificios y castillos. De pronto, fue interrumpido por su abuelo, quien le dijo:

-Aquí tienes, Gustavo. Es tuyo. ¿Te gusta?

El niño no podía creerlo. Su triciclo había desaparecido. En su lugar, ahora tenía un carretón de madera que podría cargar con sus juguetes. Las ruedas principales habían sido retiradas del triciclo y soportaban el vehículo en su centro. Dos ruedas auxiliares pequeñas sostenían la parte delantera y eran solidarias a un ingenioso mango para jalarlo. El abuelo sonreía.

-¡Gracias, tata! ¡Es muy lindo! Ahora tengo un camión de verdad para mis cosas.

-Así me gusta. Ahora vamos a almorzar. Tu abuela nos está esperando.

-Tata, ¿te puedo hacer una pregunta?

-Claro que sí, Gustavo. Pregunta lo que quieras.

- Mi compañero, el Tomás, también vive con sus abuelos, como yo. Los conocí cuando fui a su cumpleaños. Pero sus tatas no son viejitos como tú y la abue Mercedes. No tienen tantas arrugas.

El niño no lo notó, pero el tono de voz de su abuelo cambió. Y su expresión era de pesadumbre.

-Ellos son mucho más jóvenes que nosotros, Gustavo.

-¿Por qué, tata? ¿Por qué estás tan triste, tata? ¿Estás llorando?

-Hay algo que tú no sabes, Gustavo. Algo triste que pasó hace tiempo.

-¿Me puedes contar, tata?

-Sí. Pero no debes contarlo a nadie. Tampoco a la abuela. Será nuestro secreto.

-Lo prometo, tata.

-Tú tenías otros abuelos. Y ya no están.

-¿Por qué, tata? ¿A dónde fueron?

-Muy lejos, Gustavo. No sé dónde están, se fueron y nos quedamos con tu papá y tú. Tu mamá se fue con ellos, luego se fue tu papi cuando eras muy pequeño.

El abuelo se había sentado sobre un cajón. Lloraba sin parar y comenzó a respirar entrecortadamente. Gustavo lo abrazó e intentó consolarlo.

--Tata, no llores. Te quiero mucho, tata.

El abuelo miró a Gustavo con los ojos aún llenos de lágrimas. El niño le dijo:

-Tata, ¿y si es verdad lo que dicen de las mariposas?

-¿Qué dicen?

-Mi compañera Isabel me dijo que algunas mariposas pueden volar hacia atrás.

-¿Eso dice tu amiga? Es la primera vez que lo escucho.

-Sí, esas mariposas son mágicas. Son blancas o negras. La Isa dice que si las vemos y las seguimos, vamos hacia atrás como ellas. Y podemos viajar muchas horas, al día de ayer o antes, para arreglar las cosas que están mal.

-Qué linda historia, Gustavo. ¿Te gustan las mariposas?

-Sí, mucho. En las noches, cuando estoy asustado, cuando tengo miedo de la oscuridad, pienso en mariposas. Y a veces sueño con ellas. Pero nunca he soñado con una que vuele hacia atrás.

Después de almorzar, Gustavo estuvo jugando toda la tarde con su nuevo carretón. Al oscurecer estaba cansado. Después de cenar, se acostó temprano, después de dar un beso a sus bisabuelos. Él no lo sabía, pero comenzó a dormirse al mismo tiempo que su abuelo. Y entonces ocurrió algo mágico.

El niño soñó que caminaba de la mano de su tata por el patio hasta el pequeño jardín en donde la abuela tenía flores de todos colores. Algunas mariposas iban de unas a otras. De pronto, una de ellas comenzó a volar en forma extraña. Gustavo la siguió, observando fascinado que el movimiento de sus alas era en retroceso. Continuó tras ella sin darse cuenta de que había salido del jardín, entrando en una sala en donde había otros niños. Y allí estaba Francia, la niña más linda de todo el jardín infantil. Con su pelo negro y sus pecas y su risa tan linda. Pero ahora, la niña no reía. Ella se acercó mirándole con sus ojitos llorosos, con una expresión triste que Gustavo nunca había visto en otros niños, solo en el rostro de los mayores. Ella dijo:

-Perdóname, Gustavo, ¡por favor!

EL niño recordó. Ellos habían discutido durante el recreo y la niña había dicho cosas muy feas de la madre de Gustavo, que ella era muy mala, también dijo “ella te dejó” y otras cosas. Gustavo se puso muy triste. Pero la niña dijo:

-Yo sé que tu mamá no quería irse. Y que no pudo llevarte. Perdóname, Gustavo, por decir eso.

-¿De verdad? Ella no era mala, ¿verdad?

-La mala soy yo por decir esas mentiras. ¿Amigos?

La niña acercó su mano. Chocaron las palmas y ella dijo: -¿Vamos a jugar al patio?

-¡Sí!, respondió Gustavo, y salieron corriendo de la sala.

El niño corría adelante. De pronto, por delante de él cruzó nuevamente una mariposa blanca. Fascinado, observó que el insecto volaba en retroceso. Quiso mostrarla a su amiga:

-¡Francia, mira!, gritó mirando hacia atrás. Pero ella ya no estaba. Gustavo estaba en medio de una pradera. Tampoco estaba su abuelo. En ese momento se sintió muy solo y comenzó a llorar. Miró hacia el cielo, un hermoso arcoiris cruzaba de un lado a otro. Gustavo se alegró, recordando que al final de él podría encontrar un tesoro. Corrió entre el pasto. Pero la cascada de colores se alejaba de él mientras avanzaba. Nunca la alcanzaría. De pronto, la silueta de una persona apareció justo allí, en la base, y comenzó a avanzar hacia él. Era una mujer. Su figura aumentó de tamaño al acercarse. De pronto, ella extendió sus brazos y dijo:
-¡Gustavo!

El niño quedó paralizado. De alguna manera, había reconocido esa voz. Corrió hacia la mujer con los brazos abiertos, llorando de alegría, diciendo:

-¡Mamá!

Era la mamá más linda del mundo. Olía como las flores del jardín de la abuela. Se abrazaron con fuerza, ella dijo algo, pero en ese momento, el niño despertó.

El abuelo se había dormido al mismo tiempo que Gustavo. Y sorprendentemente, también soñó que caminaba con el niño junto a un jardín.

También vio una mariposa volando hacia atrás, y la siguió. De pronto, se encontró solo, en una calle que no visitaba desde hacía mucho tiempo. Reconoció el barrio y la gran casona en una esquina. Un policía custodiaba el sector, paseando de un lado a otro por la cuadra. Arturo pensó: “Aquí está la casa. Mercedes me pidió que entregara la carta. Pero tengo miedo. Si me detienen, ella quedará sola. Si la detienen a ella, no sé qué haré”. Tanteó en su bolsillo. Allí estaba la carta que hizo su esposa. “Además, nadie puede asegurar que el caballero leerá la carta, ni que podrá hacer algo por Pacita”. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Esperó que el policía estuviera en la esquina más lejana y se decidió. Pasó por el lado de la puerta de entrada de la mansión y se agachó rápidamente, deslizando el sobre bajo la puerta. Luego, se alejó lentamente, sin mirar atrás. Un vehículo policial se acercó con gran ulular de sirenas. Arturo quedó congelado. Pero el vehículo pasó por su lado sin detenerse. Quiso correr a su casa, pero sus piernas no le respondían. Quiso gritar llamando a Mercedes. Y en ese momento despertó.

Gustavo se levantó y fue directamente al comedor, donde lo esperaban los abuelos. Estaban sentados a la mesa y lo esperaban con rica leche y pan amasado. El tata Arturo estaba muy contento, también la abuela. Le dijeron:

-Tenemos una linda noticia, Gustavo. Adivina quién nos llamó hoy por teléfono.

-No sé. ¿Fue mi compañera Francia?

-No, no fue tu amiguita. ¡Tu mamá va a venir de España! Tiene listos sus papeles y podrá pasar la Navidad con nosotros.

Gustavo fue en ese momento el niño más feliz del mundo.